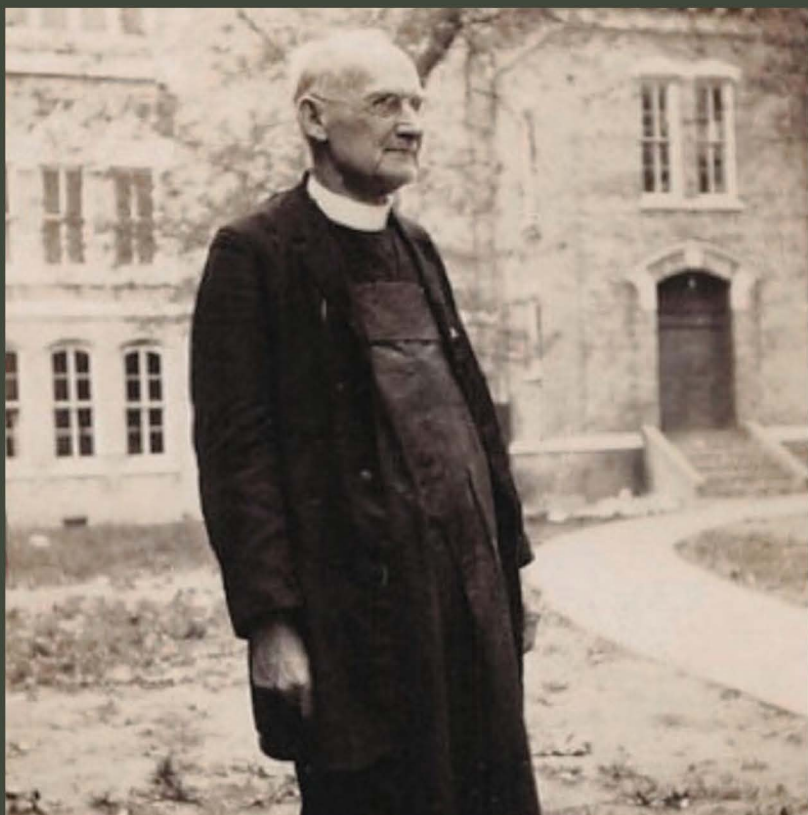


HERMANO COLUMBA O'NEILL, C.S.C.

EL HOMBRE MILAGROSO
DE NOTRE DAME







© 2021 Congregación de Santa Cruz, Administración General.

Todos los derechos reservados.

Los miembros, jurisdicciones, apostolados y ministerios de la Congregación de Santa Cruz tienen la libertad de reproducir, distribuir, o transmitir este libro, ya sea en su totalidad o en partes, en cualquier forma y por cualquier medio, con fines de evangelización, educación, y formación.

Hermano Columba O'Neill, C.S.C.

El hombre milagroso
de Notre Dame

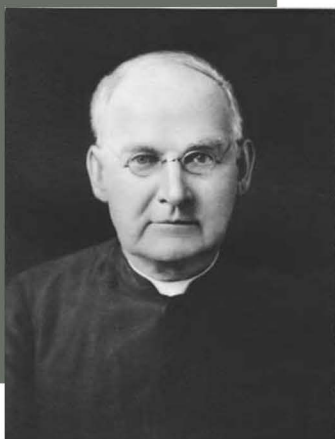


Hermano Philip Smith, C.S.C.
Edwin Donnelly, C.S.C.

*Congregación de Santa Cruz
Administración General
Roma, Italia*

TABLA DE CONTENIDO

Infancia y Juventud	1
Camino Vocacional	5
Los Primeros Años en Santa Cruz	8
Sanaciones Iniciales	11
Devoción al Sagrado Corazón	12
Historias de Sanaciones	15
Una Muerte Conmovedora	18
Hombres Milagrosos de Santa Cruz	23



Hno. Columba (John)
O'Neill, C.S.C. - 1915

El Hombre Milagroso de Notre Dame—así se conocía al Hno. Columba (John) O'Neill, C.S.C., incluso antes de su muerte. El relato de las curaciones y sanaciones milagrosas atribuidas a su oración e intercesión por el Sagrado Corazón de Jesús se había extendido desde el campus de la Universidad de Notre Dame en el norte de

Indiana hasta varios países europeos y Australia. Dios estaba obrando su gracia sanadora a través de este hombre. ¿Cómo es que este humilde Hermano de Santa Cruz, quien trabajó principalmente como zapatero, llegó a ser conocido como el Hombre Milagroso de Notre Dame?

Infancia y Juventud

John O'Neill nació el 5 de noviembre de 1848 en Mackeysburg, Pensilvania, hijo de Michael y Ellen. Tenía una anomalía congénita en el pie y no se esperaba que sobreviviera, por lo que recibió un bautismo de emergencia dos días después. Para sorpresa de la familia O'Neill y sus amigos, John vivió 75 años.

Inmigrantes en los Estados Unidos procedentes de la ciudad irlandesa de Kilkenny, Michael, y Ellen tuvieron un total de seis hijos. Ni Michael ni Ellen fueron formalmente educados, pero eran fieles católicos y criaron a sus hijos en la fe.

John creció especialmente cerca de su madre. Mientras su padre trabajaba largas horas en las entrañas de la mina de carbón, John pasaba la mayor parte del día al cuidado de su madre, que pacientemente le enseñaba a caminar con sus pies malformados. Es un testimonio del amor de su madre y la determinación de John que finalmente desarrollara la capacidad de caminar con relativa gracia.

A mediados del siglo XIX, Mackeysburg era un epicentro de la explotación de canteras en Pensilvania. Como minero de carbón, Michael aprovechó la oportunidad para instruir a sus hijos en el comercio de minería por carbón. Los hombres de la casa O'Neill se esperaba que trabajaran en las minas de carbón con su padre, quien era, en palabras de John, "muy estricto" y se sabía que azotaba a sus hijos "por cualquier cosa aunque fuera una pequeñez."

John estaba decidido a ser como los otros hombres de la familia y trabajar en las minas de carbón, incluso si hacerlo significaba lidiar con el verdadero dolor que tal

trabajo le causaría. A pesar de sus mejores esfuerzos, John no pudo manejar la picana, que era un símbolo de virilidad entre las familias de obreros en las ciudades mineras del siglo XIX en Pensilvania. Intentó sacar la pizarra del carbón para llevar a casa una semana de salario de \$1.50, pero sus limitaciones físicas le impidieron realizar incluso esta tarea.

La incapacidad de trabajar en las minas era una gran vergüenza para John. Era la piedra angular de las innumerables humillaciones que soportó durante su juventud, tanto en casa por su austero padre como en la escuela por sus compañeros de clase, debido a su fragilidad. Aprendió a enfrentar el sufrimiento y el rechazo. Y sin embargo, John nunca dejó que eso lo derrotara. En cambio, como el apóstol San Pablo, él vino a aprender: “Mi gracia es suficiente para ti, porque el poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9).

Michael y Ellen estaban preocupados sobre cómo su quinto hijo podría ganarse la vida. Aunque era evidente desde una edad temprana que John era determinado, ingenioso, fiel y humilde, no quedaba claro cómo un hombre con una educación menor al promedio podría sobrevivir en una ciudad minera si no fuera por el trabajo manual que sostenía la economía local.

Curiosamente, dado que sus pies fueron la fuente de la

mayoría de sus limitaciones físicas y por lo tanto las humillaciones que sufrió, John desarrolló un interés en la fabricación de zapatos y buscó la tutela del zapatero de la aldea. Esta fue la gracia de Dios obrando a través de la humildad de John. Al admitir que no era apto para las minas y permitir que se cerrara una puerta, John descubrió su pasión por trabajar con zapatos. John no tenía idea de que el simple trabajo de un zapatero sería la puerta a través de la cual Dios haría grandes cosas por medio de él.

Aprendiz de zapatero durante la década de 1860, John tuvo que enfrentar no solo sus luchas personales, sino también las de su nación. La guerra civil estalló con la batalla de Fort Sumter el 12 de abril 1861. Aunque las noticias viajaron lentamente en esos días, la noticia del derramamiento de sangre y un llamado a las armas pronto llegó a la pequeña ciudad minera de O'Neill. Los mineros de Mackeysburg se apresuraron a suministrar tropas para la batalla, y esto presionó a la zapatería del pueblo y a su aprendiz para producir una abundancia de zapatos nuevos y fuertes.

En medio de las pruebas de su país, su pueblo y el cierre definitivo de la zapatería del pueblo, John, de apenas catorce años de edad, comenzó a sentir un llamado especial para servir a Dios en la vida religiosa.

Al mismo tiempo, John necesitaba trabajo y en 1862 partió de Mackeysburg con herramientas de zapatero en la mano, buscando oportunidades de empleo. Lo que comenzó como una simple búsqueda de trabajo se transformó lentamente en un gran viaje que llevaría a John no solo a la costa oeste de los Estados Unidos sino también a descubrir su vocación.

Camino Vocacional

A través de sus viajes y trabajos de su adolescencia y entrando a los veinte, el sentido de John de un llamado a la vida religiosa se profundizó. Pasó los primeros días de su viaje en Pensilvania trabajando para las parroquias, donde permanecería por el tiempo que sus servicios fueran necesarios. Este trabajo itinerante—que sin duda fue causa de más sufrimiento debido a su condición del pie—resultó bastante exitoso. La demanda de los peones viajeros era alta en aquellos días, cuando el vecino más cercano podría haber estado a varios kilómetros. El trabajo de John en las parroquias locales también le proporcionó una ocasión muy deseada para la oración privada ante el Santísimo Sacramento.

Alrededor de 1869, con un poco más de 20 años, John deambuló según él creía—“guiado por la dirección de la Santísima Virgen”—fuera de Pennsylvania y hacia el Oeste.

Después de una parada inicial en St. Louis, Missouri, continuó hacia Colorado, donde había encontrado un buen trabajo.

Mientras estaba en Denver, John asistió a la misa diaria de 6:00 a.m. antes de ir al trabajo. Reflexionando sobre sus días en las Montañas Rocosas, John diría más tarde: “En aquellos días, uno [que iba a misa todos los días] era muy piadoso. Yo era el único laico que se podía encontrar en la iglesia.” Aunque era raro que un individuo recibiera la comunión frecuente—y mucho menos diaria—en los años 1860, para John esta era una parte vital de su día. Los domingos, cuando descansaba de una larga semana de trabajo, el joven zapatero se sentaba a rezar durante horas en una iglesia. Su relación personal con el Señor se fue profundizando a lo largo del camino, sus oídos sintonizando para escuchar más claramente Su voz.

Después de su estancia en Denver, John partió hacia California entre los años 1870 y 1873. Mostrando su resistencia y determinación, John hizo este viaje principalmente a pie, parando en el camino hacia San Francisco para practicar su oficio y cubrir así sus gastos.

Aún experimentando en su oración los estímulos de una vocación a la vida religiosa, John buscó unirse a los franciscanos en California, pero no fue

admitido en la orden por su condición en el pie. Sin embargo, así como John fue rechazado de las filas de los mineros de Mackeysburg y no se vio disuadido, tampoco lo fue a causa de este rechazo más reciente. Al seguir confiando en el llamado que había conocido desde los 14 años, John recordó haber aprendido de la Congregación de Santa Cruz de otro zapatero viajero, Johnnie O'Brien, quien se encontró con Santa Cruz durante su tiempo como aprendiz en la zapatería de la Escuela de Trabajo Manual en Notre Dame, Indiana. Las historias que John había oído de Johnnie sobre los hermanos trabajadores de Notre Dame enseñando herrería, sastrería, carpintería, y muchos otros oficios llevaron a John a considerar que tal vez su vocación podría implicar unirse a esta “gran banda de hombres.”



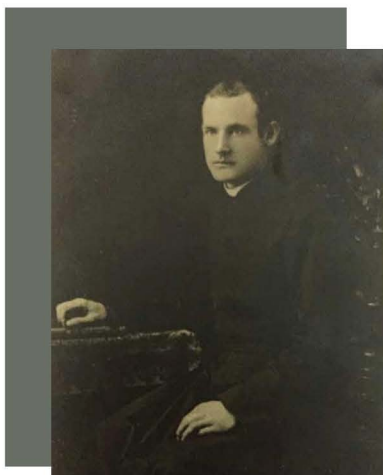
Escuela de Trabajo Manual
Notre Dame, Indiana

En el momento de la muerte de su padre en Mackaysburg en 1873, John escribió al maestro de novicios de Notre Dame, P. Augustin Louage, C.S.C., para preguntar más sobre la comunidad. Se desconoce si John recibió alguna respuesta, pero al año siguiente, el 6 de julio, después de recibir providencialmente un boleto de tren, regresó al este hacia Notre Dame.

En un día caluroso y húmedo del 9 de julio de 1874, alrededor de las cinco de la tarde, John fue recibido en la puerta de Notre Dame por el Hno. Francis Xavier Patois, C.S.C. El Hno. Patois fue uno de los primeros siete religiosos de Santa Cruz en llegar a América en 1842. “Estoy aquí para reunirme con el P. Louage,” anunció John. John se reunió con el P. Louage y el P. Edward Sorin, C.S.C., fundador de la Universidad de Notre Dame y superior general de la Congregación de Santa Cruz. El P. Sorin le preguntó a John: “¿Qué puedes hacer si te conviertes en hermano?” El joven respondió, “Soy reparador y zapatero.” Ese mismo día John entró en Santa Cruz como postulante para los hermanos.

Los Primeros Años en Santa Cruz

John recibió un asiento en la capilla comunitaria donde podía mirar directamente a una estatua del Sagrado Corazón de Jesús.



Hno. O'Neill, C.S.C.
1876

El fundador de la Congregación, el beato Basilio Antonio María Moreau, dedicó los Sacerdotes de Santa Cruz al Sagrado Corazón de Jesús. John no sabía que durante los próximos 50 años, sería conocido como un intercesor devoto con el Sagrado Corazón para miles de hombres y mujeres que sufren.

De hecho, es a través de su devoción al Sagrado Corazón que él llegó a ser conocido como el Hombre Milagroso de Notre Dame.

El 1 de septiembre, el P. Louage le dijo a John que había sido aceptado formalmente para el noviciado. El noviciado es el año especial de formación que la Iglesia exige a todos los que tienen discernimiento en la vida religiosa. Al final del tiempo en el noviciado, los novicios profesan sus votos religiosos. En la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María, el 8 de septiembre, John entró formalmente al noviciado, se puso el hábito de novicio y recibió el nombre de Columba. La perseverancia que permitió a San Columba a llevar a

innumerables hombres y mujeres en Escocia a Cristo se convirtió en un modelo para la vida religiosa del Hno. Columba. Con la fuerza de la fe de sus antepasados y su perseverancia, el Hno. Columba fue—en las palabras de la eulogía del P. Charles O'Donnell, C.S.C., décadas después—“un hombre milagroso cortado de una tela aparentemente no milagrosa. Él llevaría a miles de personas a experimentar íntimamente el amor curativo de ‘estos dos Corazones’: el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María.”

El 15 de agosto de 1876, el Hno. Columba tomó los votos finales, profesando los votos de pobreza, castidad y obediencia según las *Constituciones de la Congregación de Santa Cruz*. Revelando su celo apostólico y su corazón misionero, el Hno. Columba también eligió para profesar lo que se conocía en Santa Cruz en aquel momento como el cuarto voto de misión, por el cual él prometió “ir a cualquier lugar del mundo al que el superior general se complazca en enviarme.”

Al profesar los votos religiosos, el Hno. Columba había cumplido el deseo que desde hacía tiempo se le había encendido en el corazón de dar la vida al servicio de Dios. Inmediatamente se ofreció a ir a la India o a Molokai, donde podría ayudar al P. Damián en su trabajo entre los leprosos. En este celo por servir en las misiones

extranjeras, el Hno. Columba era ciertamente un alma gemela del beato Basilio Moreau, que desde antes de su fundación de la Congregación expresó el deseo de una labor misionera. Sin embargo, como fue el caso del P. Moreau, que nunca sirvió en misiones fuera de Francia, Dios tenía otros planes para el Hno. Columba y cómo daría su vida para que Él fuera conocido, amado y servido.

Sanaciones Iniciales

El 13 de septiembre de 1876, el Hno. Columba y otros dos hermanos fueron asignados para abrir un hogar para huérfanos bajo el patrocinio de San José en Lafayette, Indiana. Alojaba a 60 menores. Fue allí, en Lafayette, donde el extraordinario don del Hno. Columba para la oración de intercesión y la curación comenzó a manifestarse. Utilizaba agua de Lourdes, Francia, y orar con los niños que estaban enfermos. Algunos de ellos fueron sanados de su enfermedad. Al igual que San Andrés Bessette, quien atribuyó todas las sanaciones a través de su oración a San José, el Hno. Columba no se llevó crédito alguno por ni una sola sanación. Más bien, él afirmó que las sanaciones fueron el efecto de la intercesión del Sagrado Corazón de Jesús a través del Inmaculado Corazón de María.

El Hno. Columba pidió dejar su trabajo en el orfanato

porque ya no había necesidad de su oficio. Como escribió simplemente a su superior religioso, “Los muchachos tienen sus zapatos.” En el verano de 1885, el Hno. Columba regresó a Notre Dame y fue asignado a la zapatería del campus, donde permaneció hasta su muerte el 20 de noviembre de 1923.

Por un lado, no pasó mucho durante sus 38 años en Notre Dame. Era un hermano que vivía una vida sencilla, oraba en silencio y hacía y reparaba zapatos. Rara vez dejaba el campus de la Universidad de Notre Dame, excepto por las visitas ocasionales a su hermana Elizain Keokuk en Iowa. Por otra parte, el ministerio de sanación del Hno. Columba se extendería lentamente más allá de los límites del campus de Notre Dame al resto del mundo.

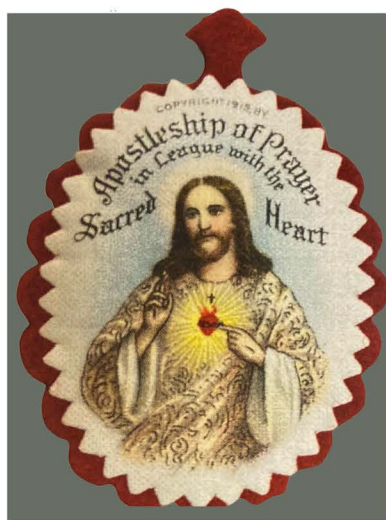
Devoción al Sagrado Corazón

A principios de 1890, además de su trabajo en la zapatería del campus, el Hno. Columba asumió la responsabilidad de cuidador personal del P. Sorin. Esta misión duró desde 1891 hasta la muerte del P. Sorin en 1893. Durante esos años cuidando al P. Sorin en las sombras de la Iglesia del Sagrado Corazón en el campus de Notre Dame, la devoción del Hno. Columba al Sagrado Corazón de Jesús continuó profundizando en él y transformándolo.

En 1887, el Hno. Columba se había unido a la Cofradía del Sagrado e Inmaculado Corazón de María para la conversión de los pecadores. El 14 de julio de 1892 recibió su certificado de admisión al Apostolado de la Oración de la Santa Liga del Sagrado Corazón de Jesús. El Hno. Columba prometió que “ofrecería por la mañana, las oraciones, acciones y sufrimientos del día por las intenciones del Sagrado Corazón.”

El Hno. Columba tomó su devoción al Inmaculado y al Sagrado Corazón tan seriamente que durante ese mismo año, mientras seguía siendo el cuidador personal del P. Sorin, comenzó a producir y distribuir imágenes del Inmaculado (aproximadamente 10.000 insignias de papel) y el Sagrado Corazón de Jesús (aproximadamente 30.000 insignias de tela). Una forma muy extendida de piedad popular en ese momento, las insignias estaban destinadas a ser usadas en la ropa. Normalmente, se hacía una oración devocional mientras se clavaba la insignia y luego en otros momentos del día. La producción y distribución de estas insignias marcaría una expansión decisiva en el ministerio de oración y sanación del Hno. Columba.

Poco después de la muerte del P. Sorin, el 31 de octubre de 1893, el Hno. Columba fue reasignado por su religioso



superior para volver a tiempo completo a la tienda de zapatería. Esta reasignación lo liberó para estar presente de una manera más intencional con los estudiantes en Notre Dame. No importa cuán lejos las noticias y la fama sobre los poderes curativos de su oración de intercesión se extendieran más allá del campus, el Hno. Columba siempre se mantuvo fiel a su obediencia primaria en la tienda de zapatería del campus. Allí atendió a los estudiantes, no solo reparando sus zapatos, sino también ofreciendo consejos con su refinado ingenio irlandés e invitándolos a poner su esperanza en Dios y, sobre todo, en el Sagrado Corazón de Su Hijo Jesús.

Historias de Sanación

Las historias de sanaciones en el campus de Notre Dame comenzaron a extenderse más allá de la comunidad universitaria y circularon por toda América del Norte, México, y hasta varios países europeos y Australia. Cada vez más gente empezó a escribirle y a visitar su zapatería de Notre Dame. Escribió miles de cartas en respuesta a aquellos que le habían escrito compartiendo sus sufrimientos físicos y pidiendo oraciones y “favores” por su intercesión a los Corazones de Jesús y María. Ya en 1916, el Hno. Columba estaba viajando a varias ciudades y pueblos del medio oeste en “viajes de sanación,” y las noticias de estas sanaciones fueron publicadas en los periódicos locales.

Las dos historias siguientes son emblemáticas de muchos relatos que sobreviven de sanaciones acreditadas a las oraciones del Hno. Columba.

La primera historia fue registrada en una carta de Jean P. Donohue [nacida Schwartz], de 85 años. Sufrió de polio y visitó la zapatería en 1918 cuando tenía solo cuatro años. Su pierna izquierda estaba paralizada y arrugada. El veredicto había sido el mismo de todos los especialistas: la cirugía para desatar la pierna significaba que se colgaría floja; déjelo solo “y el pie nunca tocará el suelo.”

El padre de Jean se enteró de que el Hno. Columba hacía zapatos especiales para personas con discapacidades físicas en la zona. Según Jean, su padre también había oído que este Hermano de Santa Cruz tenía una “devoción sobrenatural al Sagrado Corazón, y se sabía que había habido algunas sanaciones. Así, viajamos al taller del Hno. Columba detrás de la Cúpula Dorada. La sala tenía paredes llenas de muletas y aparatos ortopédicos de personas que habían sido curadas después de haber orado por ellas. El Hno. Columba me dio un golpecito en la cabeza y dijo simplemente ‘la niña estará bien.’”

Jean recuerda haber subido al tren para el viaje de regreso a Lansing, Michigan, cuando “mi padre me levantó en el asiento [y] se dio cuenta de que mi pierna ya no estaba doblada. Era más corta, pero colgaba recta como su compañera. En menos de un año, como el hermano había dicho, ‘la niña estaba bien.’” Jean vivió hasta los 93 años.

Otra historia se refiere a una sanación instantánea que tuvo lugar en junio de 1923, apenas cinco meses antes de la muerte del Hno. Columba. La Hna. Lioba Holtz, O.S.B., vivía en el Convento de St. Walburg en Covington, Kentucky. Desde 1918 hasta junio de 1923, sufrió frecuentes ataques por problemas cardíacos.

Ella explicó que sus ataques eran tan severos que “perdía el aliento, mi cara y mis uñas se ponían de color púrpura, mis miembros se me entumecían, y no podía ni moverme ni hablar.” En más de una ocasión, las hermanas y el capellán pensaron que ella podría morir.

“Nunca fui capaz de caminar rápido, levantar algo pesado, permanecer en una multitud o en una habitación cerrada,” dijo. “Cualquier esfuerzo podría llevarme a un ataque.” Su médico le dijo a su madre superiora que la Hna. Lioba sufría de corazón agrandado y con fugas, una condición incurable.

En la primavera de 1923, las hermanas recibieron permiso para estudiar en la Universidad de Notre Dame, y la Hna. Lioba quería asistir a comenzar sus estudios para su título de Máster en Matemáticas. Su madre superiora estaba en contra de la idea debido a la severa condición del corazón de la hermana Lioba. El médico de la Hna. Lioba, sin embargo, le dijo a la madre superiora que la dejara ir, explicando que “ella puede morir tan feliz en Notre Dame como aquí en Covington.”

El día antes de su partida para Notre Dame, la Hna. Lioba tuvo un ataque severo, pero llegó a salvo a la Universidad. Agotada, fue llevada a ver al Hno. Columba en la Casa de la Comunidad.

“Nunca olvidaré el incidente,” dijo ella. “El Hno. Columba dijo: ‘Ten coraje, hermana. Si puedes confiar en el Sagrado Corazón, el Sagrado Corazón te sanará. Luego entró a la casa, [y] sacó algunas insignias del Sagrado Corazón. Me dio dos. Entonces hizo la señal de la Cruz con una insignia del Sagrado Corazón sobre mi corazón, orando: ‘Sagrado Corazón de Jesús, confío en ti.’ Me pidió que llevara la insignia y que repitiera la oración arriba mencionada cinco veces al día. Desde ese momento hasta ahora [1926] nunca he tenido otro ataque.”

La Hna Lioba de 44 años vivió para ser elegida la cuarta madre superiora de su monasterio en 1931, y regresó a Notre Dame en 1936 para contar su sanación a la comunidad de Santa Cruz. Murió en 1951 a los 70 años de edad tras una impresionante carrera académica.

Una Muerta Conmovedora

Cinco meses después de que la Hna. Lioba recobrarla la salud, el Hno. Columba murió el 20 de noviembre de 1923, a causa de complicaciones de la gripe española que había contraído en 1918. La noticia de su muerte se extendió rápidamente por todo South Bend y más allá. En una carta que informa a los miembros de la Congregación de South Bend sobre la muerte del Hno. Columba, el Hno. Isidore Alderton, C.S.C., asistente

superior religioso de la Casa de Comunidad, describe los acontecimientos del 20 al 22 de noviembre de 1923:

Siento el deber de escribirle sobre las últimas horas de nuestro Santo Hermano Columba y los acontecimientos de los últimos dos días. Su muerte fue muy pacífica. Nuestros hombres se habían turnado para cuidarlo durante varias noches. Cuando yo iba allí día tras día, era fácil ver que él se iba poco a poco. Los últimos tres días fue muy rápido. El Padre Gallagher [su superior religioso] le trajo la Comunión el martes por la mañana y estaba de pie junto a él con la Hostia elevada cuando murió. Sus labios estaban demasiado cerrados para darle la comunión. Estaba consciente hasta el último momento, nunca se quejaba, nunca pedía nada excepto lo que era necesario.

La noticia de su muerte pronto se extendió a la gente en South Bend y sus alrededores y a docenas de miembros de la comunidad. Hermanas y gente en general estaban allí para ver el cuerpo antes de que lo pusieran en el ataúd. Durante los últimos dos días y noches, el salón de la Casa de la Comunidad ha sido un verdadero santuario. Parecía tan pacífico, tan feliz, que era difícil orar por

él, y estoy convencido de que miles de peticiones fueron hechas a él, y solo cientos fueron hechas para él. Los miembros de la comunidad estaban todos allí, las hermanas de St. Mary's, de la cocina, del hospital, de las escuelas. Todos los que podían ir o desplazarse pasaban junto a su cuerpo. Los profesores de la universidad, estudiantes y gente común, todos hicieron su peregrinación. Uno tenía que esperar en la fila para entrar a la habitación o acercarse a los restos. Llegaron con sus cuentas, sus insignias, sus medallas, tarjetas y baratijas y todo se lo pusieron en sus manos y rostro. Los altos y los bajos, los ricos y los pobres, los eruditos y los no instruidos, todos se convirtieron en niños pequeños ante su presencia. No entró ni se fue nadie sin llevar alguna preciosa reliquia que se había convertido para ellos en un verdadero tesoro porque había tocado el cuerpo de uno de los santos de Dios. ...

¿Qué se puede decir del funeral? Era un funeral comunitario, tan grande como se podía organizar con visitantes de las cercanías e incluso de partes lejanas. ... Ver a hombres como el Padre Bolger, el Padre Haggerty, el Padre Hugh O'Donnell ir hacia adelante y poner sus cuentas en sus manos marchitas convencería a cualquier persona de que

aquí había algo más allá del poder del hombre para describir. Miembros de Moreau, del Seminario, del Noviciado y de Dujarié, todos tienen sus tesoros hoy y todos tienen otras reliquias que enviar a sus padres.

El mundo y los afuerinos estaban ansiosos por oír hablar de los milagros, pero me pareció que los miembros de la comunidad no pensaban mucho en estas cosas durante estos días. Meditaron sobre su vida; tuvieron en cuenta los sacrificios que había hecho, el ejemplo de humildad, amor al prójimo, confianza en Dios, fe viva, devoción al Sagrado Corazón, vida de oración, de pobreza, etc., y todos se dieron cuenta de que en ellos se encontraba el secreto de su santidad.

Sus restos han sido llevados a la tierra, pero no hay duda de que su trabajo continuará. Si en su vida fue poderoso para obtener asistencia para nosotros, ¿qué se puede decir de su poder esta noche cuando descansa cerca del Sagrado Corazón de nuestro Divino Señor? Dedicó su vida a promover esta devoción al Sagrado Corazón. El Sagrado Corazón ha sido muy bueno para nosotros como comunidad y como miembros individuales, y ahora nos queda aumentar esa devoción en nosotros mismos y difundir

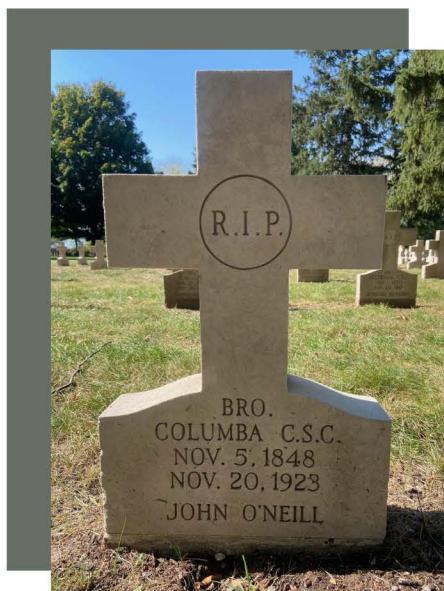
la misma a los que están bajo nuestro cuidado.

Suyo en el Sagrado Corazón,

Hermano Isidore

En su sermón durante las exequias del Hno. Columba, el 23 de noviembre de 1923, el P. Charles O'Donnell, C.S.C., predicó: "Promovió fuerte y activamente la devoción al Sagrado Corazón, una devoción que hace años no gozaba su popularidad actual. Sus esfuerzos fueron coronados con un éxito peculiar. Vivió para ver a toda Notre Dame convertida en un santuario al Sagrado Corazón."

El Hno. Columba, con una humildad y sencillez humorística, había resumido su vida y la obra de su vida de manera un poco diferente a uno de sus hermanos en comunidad en las semanas previas a su muerte: "Moriré uno de estos días, y tal vez pondrán algo en El Escolástico", dijo. "Puedes decirles que había un viejo zapatero en Notre Dame, y que tenía una devoción al Sagrado Corazón, y parece haber habido algunas sanaciones."



Hno. Columba está
enterrado en el cementerio
comunitario Santa Cruz en
Notre Dame, Indiana

Hombres Milagrosos de Santa Cruz

Las palabras y el espíritu de Hno. Columba hacen eco de las del beato Basilio Moreau, quien en varias ocasiones se refirió a sí mismo como un “simple instrumento” en manos de la Divina Providencia. Había dicho a sus religiosos que sería por medio de su “generosa cooperación y fiel correspondencia con la gracia e la

vocación” que la Providencia de Dios podría actuar a través de ellos. Sin duda, el Hno. Columba cooperó generosamente y fielmente con la gracia de Dios en su vida, y así se convirtió en un instrumento tan asombroso en las manos de la Providencia de Dios.

En ese sentido, y de muchas otras maneras, la vida del Hno. Columba comparte mucho con la de su hermano más conocido en Santa Cruz, San Andrés Bessette, el Hombre Milagroso de Montreal. Ambos nacieron con enfermedades que requerían bautismos de emergencia y preconfiguraban vidas marcadas por el sufrimiento físico. Tanto de jóvenes como de adultos pasaron años como trabajadores itinerantes, viajando en busca de trabajo, pero finalmente—aunque no sin algunos giros y vueltas—descubriendo sus vocaciones. Ambos como Hermanos de Santa Cruz dedicaron la mayor parte de su vida religiosa a humildes ministerios (San Andrés como portero y el Hno. Columba como zapatero).

Ambos enfrentaron sus limitaciones significativas con una fe más profunda, que permitió a Dios en Su gracia usar esas mismas limitaciones como fuentes de Su amor ilimitado a través de la intercesión de San José y el Sagrado Corazón de Jesús.



Hno. Columba O'Neill, C.S.C.
1922

El Hno. Columba y San Andrés se habrían conocido probablemente en 1920, cuando la Congregación celebró su Capítulo General en el campus de la Universidad de Notre Dame. Mientras estaba en el campus, San Andrés, delegado del Capítulo, se quedó en la Casa Dujarié, al otro lado del lago de la Casa Comunitaria donde vivía el Hno. Columba. Aunque no hay registro directo de su encuentro, el Hno. Columba

sabía ciertamente del Hno. Andrés, habiendo escrito a un amigo en 1912 que “tenemos un hermano en Canadá haciendo milagros [a través] de San José.” Entre los objetos encontrados en la habitación de Columba tras su muerte se encuentra una gorra negra. Era una práctica común que los hermanos canadienses usaran esa gorra, pero no era así entre los hermanos americanos. ¿Podrían los dos hermanos haber intercambiado regalos?

Aparte de los regalos físicos que pudieran haber intercambiado, el regalo más grande que el Hno. Columba y el Hno. Andrés compartieron fue su profunda fe en el amor sanador y misericordioso de Dios y su confianza que incluso las cruces de sus vidas, y las vidas de aquellos que conocieron, podrían ser aportadas como regalos. En esa fe, estos dos Hermanos de Santa Cruz eran verdaderamente, en las palabras de las *Constituciones de la Congregación de Santa Cruz*, “hombres que aportan esperanza.”

**Oración por la Intercesión del
Hno. Columba O'Neill, C.S.C.**

*Dios providente,
te damos gracias por haber dado a conocer
el amor del Sagrado Corazón de tu Hijo, Jesús,
a través de la vida y el ministerio
de tu siervo, el Hermano Columba O'Neill.*

*Te pedimos que lleves a muchos a conocer e imitar
las virtudes de este humilde Hermano de Santa Cruz,
para que crezcan en la fe, la esperanza y la caridad.*

*Te pedimos por su intercesión
que nos concedas el favor de...
(indica tu intención).*

*Que su vida nos inspire a seguir a Jesús,
quien nos dice: "Vengan Síganme."
Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor.*

Amén.

Para comunicar un favor recibido por la intercesión del Hno. Columba O'Neill, o de cualquier otro religioso de Santa Cruz en proceso de canonización, por favor, envíe un correo electrónico a saints@holycrossroma.org.



AMIGOS DE MOREAU
Volumen 3

Congregación de Santa Cruz
Administración General
holycrosscongregation.org